

la pérdida, pero mayor la ganancia; fuerte es el poder del mal, pero más fuerte es el poder de la gracia. Por Adán, nuestro padre, el pecado entró en el mundo, y por el pecado la muerte; pero por Cristo, nuestro hermano, podemos recuperar la vida, nuestro reino y nuestra soberanía. Por la falta de uno solo recayó la condenación en todos los hombres; por la justicia de uno solo viene á todos los hombres la justificación que da la vida. <sup>(1)</sup>

(1) Rom., V, 12, 15, 18.

## CONFERENCIA IV

### LA CORRUPCIÓN DE LA HUMANIDAD ENTERA

1. El espíritu indio, como espíritu de desprecio hacia la humanidad, es compartido por toda la humanidad.—El país de la tierra más favorecido es la India, esa región maravillosa de los antiguos, objetivo de navegantes y conquistadores, patria encantadora de los cuentos. Con su marfil, sus piedras preciosas, sus perlas y sus diamantes, satisfizo los deseos insaciables del antiguo mundo. Por sus perfumes y sus especias, por la canela, la nuez moscada, el nardo, ha vencido á la misma Arabia. Los historiadores más fríos caen en arrebatos poéticos al hacer el relato de *Kohinu* y del *trono de pavos reales*. Ese país dió al mundo el naranjo y el limonero, ricas maderas de construcción, el índigo, el pavo real y el chal de cahemira, así como otros muchos objetos, cuya importancia comercial interesa á todo el mundo, el azúcar, el arroz, el algodón. En su suelo crece el árbol de los poetas, la palmera con sus cuarenta y dos variedades; á su lado se disputan el reino vegetal el sándalo, el ébano, el barniz del Japón, los plátanos, á cuya sombra levantan sus tiendas ejércitos de seis á siete mil guerreros. En un país donde la tierra produce sin abono dos cosechas, podían los hombres entregarse sin cuidado á los sueños y á los juegos. <sup>(1)</sup> Los demás pueblos que deseaban gozar de la vida fueron á su escuela, y de ellos adquirieron, para distraerse, el juego de ajedrez, las fábulas y los cuentos embriagadores de las *Mil y una noches*.

Y, sin embargo, ningún país hay en que el hombre esté

(1) Ritter, *Erdkunde*, IV, II, 1241 y sig.

menos contento con su suerte. La nada del mundo, la inestabilidad de la vida, la vanidad de cada goce; tal es el pensamiento único que alimenta los cantos melancólicos del indo, el alma muerta de su religión, el vacío de su filosofía. La melancolía en medio del gozo, el placer de vivir convirtiéndose en tristeza, la alegría acibarada por el ruido de lamentaciones fúnebres, he ahí lo que constituye el pensamiento y la vida de los indios. Todo es perecedero, todo cuanto existe no es más que la apariencia de la Maya engañadora; nada subsistirá, sino el pálido é inerte Brahma. La vida y el gozo son ilusiones consagradas á la muerte por el mal.

No cesan, sin embargo, de trabajar y amontonar gigantesca construcciones hacia el cielo. Todo es simple apariencia, pero así debe ser, porque el mar profundo, completamente mudo, que engulle todas las cosas, pide una gran presa. «El hombre es efímero como la tela de araña que el soplo del suave céfiro desgarrar, como la espuma á que da nacimiento la ola para desaparecer enseguida. La muerte acompaña al viajero; arranca á los esposos á sus abrazos; está en la mesa al lado del que hace una buena comida; esparce la sombra en los rayos luminosos. Como la gota embriagada de sol desaparece temblando en la hoja de lotus, así la vida se exhala en sufrimientos, y se vuelve amarga por las lágrimas y la separación. Tú, yo, el mundo, ¡cuán pronto destruirá todo esto el tiempo! y el mundo nos preocuparía tanto como un niño se inquieta por su trompo!»

¿Qué pensar de tales contrastes? Se les da el nombre de azar, de ironía de la suerte. No hay duda de que es fácil evitar explicaciones molestas, pero no es así como se da satisfacción al espíritu humano ávido de razones. En vano os esforzaréis en explicar por el carácter de los habitantes, por la naturaleza del país, cómo aquel pueblo tan bien dotado, que en el reparto de la tierra recibió un paraíso de delicias, pudo llegar á ser presa de tal melancolía; lo que en tal hecho se manifiesta es el recuerdo de

una historia triste é innegable, es la confesión de un convencimiento que se impone á los espíritus reflexivos de cada época y de cada país, cuando, viendo el mundo y los hombres tales como son, los comparan con lo que deberían ser.

Los hombres están acordes en esto, aunque expresen de diferente modo su creencia. Los pesimistas como Buda y Schopenhauer ven en el mundo un mar de miserias: los satíricos y los burlones contumaces, como Luciano y Juvenal, encuentran una buena ocasión de manifestar su espíritu ó de derramar su bilis. Vividores amamantados en el género de Hegesias ó de Byron, sólo experimentan disgusto en la tierra y en la vida. Pensadores más graves sienten, al meditar acerca del mundo, una impresión que sugirió á Platón, Cicerón y Plinio la idea horrible de que nuestra existencia es á la vez una injusticia, un castigo y un pecado. Tiberio, Nerón, pisotean el mundo en los paroxismos de su cólera. El turco se encierra en un desprecio mudo, el indio se envuelve en melancolía, pero todos están acordes en que la humanidad es indigna de tener relaciones con ellos.

Lamentemos sinceramente esas miras sombrías, pero no seamos injustos con aquellos que las representan. La verdad reclama que se excuse á los hombres cuando juzgan á sus semejantes con tanta severidad y amargura. Porque ¿quién negará que se necesita gran virtud y mucho imperio sobre sí mismo para ser paciente y caritativo con nuestros semejantes?

**2. La esclavitud es una prueba de la caída de la humanidad.**—Sí, la humanidad tiene bien merecido que se hable de ella con tal desagrado. El individuo no tiene derecho de ser duro y violento, verdad es, pero la totalidad no tiene tampoco el derecho de quejarse. El que es misericordioso hallará misericordia; <sup>(1)</sup> por el contrario, quien no haya tenido misericordia será juzgado sin misericordia. <sup>(2)</sup> Pero la humanidad ha demostrado, bastante á

(1) Mat., V, 7.

(2) Sant., II, 13.

menudo, y especialmente por la esclavitud, que no sabe usar de esa indulgencia.

La esclavitud era un principio constitucional en todos los antiguos Estados: en Grecia no podían siquiera concebir un hombre decente y digno sin esclavos; hasta los pobres los tenían. <sup>(1)</sup> En el territorio de Atenas vivían con los 10.000 ciudadanos y otros tantos extranjeros domiciliados 400.000 esclavos; en Corinto había 460.000, y 370.000 en Egina. No se sabe cuantos había en Roma, pero basta para formarse una idea aproximada saber que Cecilio Claudio dejó 4.116 á su muerte, <sup>(2)</sup> que un liberto de Pompeyo tenía tantos, que Séneca compara su lista á la que de sus soldados tuviese un general; <sup>(3)</sup> lícita será, pues, la conclusión de que era muy considerable el número de aquellos infelices. <sup>(4)</sup>

No nos excedamos, sin embargo, en nuestra justa cólera contra los antiguos, pues sería tanto como condenar nuestra época y nuestra sociedad mismas. Verdad es que desapareció en gran parte la terrible situación de los esclavos en los Estados meridionales de la América del Norte, situación que M. Beecher Stowe describió en *La cabaña del tío Tom*, libro de reputación universal; pero fué para ello necesaria una horrible guerra civil de cuatro años, y que costó la vida á cerca de 500.000 hombres. Como consecuencia, se han atenuado considerablemente las atrocidades de las cacerías y los mercados de esclavos en África. En tiempo de Schauenberg, el número de negros exportados cada año de África era aún de 200.000, y no era menor el de los que perecían en el camino por efecto de los malos tratamientos. <sup>(5)</sup> Hoy no serían ya exactas aquellas cifras, pero, no obstante los esfuerzos hechos, el mal continúa y siempre oímos decir que participan en él los europeos.

(1) Plutarco, *Apophth. reg.*, (Hiero, 4).

(2) Plinio, 33, 47, (10) 2.

(3) Séneca, *Tranquill.*, 8.

(4) Wallon, *Hist. de l'esclavage*, (2) I, 221, 283; Hermann, *Griech. Alterthümer*, III, 2 y sig. Forbiger, *Hellas und Rom.*, IV, 1, 20, 28.

(5) Schauenburg, *Reisen durch Centralafrika*, I, 24 y sig.

¿Y qué significa esa palabra esclavitud? La palabra se dice pronto, pero nadie concibe del todo la miseria que contiene. Los esclavos son seres semejantes al hombre sin alma racional, sin ley, sin conciencia, sin libertad personal, sin Dios, sin derecho, sin propiedad, sin honor, sin posibilidad de aspirar á la dignidad humana. <sup>(1)</sup>

El esclavo es una cosa contra la que no puede haber injusticia, <sup>(2)</sup> un instrumento comprado por dinero, que se explota para que produzca la mayor ganancia posible en tanto que es capaz de prestar servicios. ¿Rompe un vaso por torpeza? Su amo le hace cortar las manos, le hace arrojar como alimento á los peces, ó le crucifica. <sup>(3)</sup> Si ese amo es de más bondadoso carácter, manda aplicarle cierto número de latigazos conforme al ritmo de un trozo de música que se toca en su presencia. <sup>(4)</sup> Cuando el día de su natalicio da un festín á sus amigos, y éstos se hallan hastiados de las bailarinas y de los histriones que contribuyeron al júbilo de la fiesta, se hace que vengan unos cuantos esclavos á la sala del banquete para que mutuamente se degüellen al son voluptuoso de las flautas y de las arpas para mayor delectación de los comensales. <sup>(5)</sup>

Cuando el emperador celebra su advenimiento al trono, ó un triunfo, las matronas y las jóvenes romanas esperan que se les ofrezca en el circo una fiesta espléndida en que lucharán mil fieras, leones, tigres, hienas, osos, toros y diez mil esclavos. Tendidas en cojines resplandecientes de oro, protegidas contra los ardores del sol por el velo de púrpura que cubre á todos los espectadores, rodeados de la frescura y la fragancia que esparce una fina lluvia de agua de azafrán y de rosa, se extasian, y aplauden con sus manos delicadas cuando un león clava las garras en el pecho de uno de aquellos desgraciados, ó cuando á su vista

(1) Champagny, *Les Césars*, (5) IV, 15 y sig. Rein, *Privatrecht und Civilprocess des Rómer*, 565 y sig.

(2) Plutarco, *Crassus*, 2, 7. Varro, *Agric.*, 1, 17.

(3) Séneca *Ira*, 3, 40, 2.

(4) Plutarco, *Cohib. ira*, 13, Aristót., *Fragm.*, 606 (Heitz).

(5) Nic. Damasc., *Fragm.*, 84 (Müller, *Frag. hist. Gr.*, III, 417).

son clavados en la cruz, descuartizados ó quemados vivos, esclavos que representan en la escena héroes de la antigüedad. <sup>(1)</sup>

Tal es la esclavitud, tal es la humanidad donde hay esclavos. Montesquieu pretendió que la esclavitud era menos terrible en los Estados mahometanos, <sup>(2)</sup> y verdad es que las crueldades públicas ejercidas en aquellos desdichados son menos frecuentes que en la antigüedad. Pero también en esta época no eran los peores males que tenían los esclavos que sufrir; el más terrible era que nada, de lo que para con ellos se permitían, era considerado como un pecado, y que no tenían el derecho de preservarse de ningún pecado que el amo quisiera que cometiesen. En este concepto, la esclavitud actual es todavía la misma que antes. <sup>(3)</sup> Las pobres criaturas de que se trata no tenían ordinariamente el menor sentimiento moral; desgraciadas de ellas si le hubiesen invocado. <sup>(4)</sup>

No hacen falta largas pruebas para demostrar que tales fenómenos denotan una degeneración horrible del corazón humano; en nuestra época, que además tiene una especial predilección por las excrescencias y los desperdicios de la sociedad humana, se ha procurado defender la esclavitud, se ha creído poder separar de ella aquellos horribles abusos, y que no se debía á causa de ellos condenar toda la institución. Admitimos que esa inhumana dureza no está ligada necesariamente con ella, pero es difícil suprimir las otras inmoralidades que le son inherentes. Lo que hay más horrible en la esclavitud no consiste en la injusticia que la hace degenerar fácilmente en abuso, sino en el llamado derecho absoluto que concede al amo de la mercancía humana.

(1) Plutarco, *De sera vindicta*, 9. Juvenal, I, 155 y sig. Tácito, *Annal.*, 15, 44. Marcial, *Spectacul.*, 9, 4, 5; *Epigr.*, 8, 30; 10, 25. Tertul., *Apolog.*, 15, *Ad nationes*, 1, 10; *Pudic.*, 22; *Antholog. Palat.*, 11, 184, 4.

(2) Montesquieu, *Esprit des lois*, 15, 12.

(3) Maltzan, *Reise nach Südarabien*, 67 y sig. Harris, *Gesandtschaftsreise nach Choa* (Stuttgart, 1846), II, 275 y sig.

(4) André, *Forschungsreisen in Arabien und Ostafrika*, II, 381.

Hacer pasar así un hombre al poder de otro, de tal suerte, que no tenga ya ningún derecho, ni siquiera el de la conciencia; quitarle su dignidad hasta el punto de que cese de pasar por hombre, es inhumano y contra naturaleza. Pero cuando Aristóteles, que, sin embargo, todavía admite que el esclavo es un hombre, le concibe solamente como un instrumento vivo, sin el cual no podría existir el hogar; cuando el mismo juzga la esclavitud como de derecho natural; <sup>(1)</sup> cuando Catón, el santo más venerado de la antigua Roma, se cree absolutamente autorizado á explotar la mercancía humana, á ejercer su furor contra los esclavos, haciendo que los azoten y los decapiten, echando á la calle y abandonando á la miseria á los que se hacían incapaces de prestar servicios, cuando estaba tan lejos de considerarlos como hombres, que hacia adiestrarlos como caballos ó perros; <sup>(2)</sup> en una palabra, cuando los mejores entre los antiguos nada tienen que censurar en la esclavitud, ni aún en su peor condición, es sin duda una prueba de la profunda corrupción en que aquella institución había hecho caer el sentimiento de derecho de la humanidad.

Nadie podrá, pues, negar que la esclavitud es uno de los más claros testimonios de la decadencia humana. <sup>(3)</sup> Los autores griegos conocían muy bien tiempos en que la esclavitud no existía en Grecia <sup>(4)</sup> y ni aun en la humanidad. <sup>(5)</sup> Los romanos celebraban cada año las Saturnales en recuerdo de tiempos mejores en que esas atrocidades eran desconocidas.

**3. La degeneración de la pobreza en miseria es un signo de la caída y un crimen de la humanidad.**—Sin

(1) Aristót., *Eth.*, 8, 11 (13), 6; *Polit.*, 1, 2 (4), 4.

(2) Plutarco, *Cato major*, 5, 2; 10, 7; 21, 1.

(3) Agustín, *Civ. Dei.*, 19, 14. Crisóstomo, *Gen. h.*, 29, 5. Sto. Tomás 1, q. 92, a. 1 ad 2.

(4) Herodoto, 6, 137. Ferécrates (en Ateneo, 6, 83, p. 263, b; cf. Bothe, *Fragm. com. Græc.*, p. 83, 1). Platón, *Rep.*, 5, 15, p. 469, c. Plutarco, *Lycurgi et Numæ comp.*, 1, 9.

(5) Arriano, *Ind.*, 10, 8. Diodoro, 2, 39, 5.

embargo, por grave que sea el pecado de que el género humano se hizo culpable por la introducción de la esclavitud, se puede preguntar si no hay en la historia ejemplos más notables de la dureza é insensibilidad de la muchedumbre.

Por desgracia no tenemos necesidad para ello de hacer largas investigaciones en los tiempos remotos y en los países extranjeros. Si reprochamos la esclavitud á los bárbaros antiguos y modernos, tendremos verdaderos motivos para temer que nos echen en cara el estado social que nuestra civilización creó y mantiene; la comparación podría dar como resultado que la falta es mayor en nuestro tiempo. No nos atrevemos á decir si en realidad el esclavo es el ser más digno de lástima entre los hombres; no tiene derechos, verdad es, pero el mucho dinero que ha costado constituye para él una protección; por duro que sea su amo, él sabe á lo menos que el egoísmo obliga á éste á darle alimento y cuidados en caso de enfermedad. Pero ¿qué opinión deben tener de sí mismos esos hombres dignos de lástima, que consideran como brillante victoria, conseguida entre miles de competidores, la conquista de un puesto en el cual pueden aplacar su hambre en tanto que son capaces de trabajar, pero que consume sus fuerzas en breve plazo, dejándoles sólo la perspectiva de ser expulsados cuando no pueden ya prestar servicios, y condenados á morir de hambre? ¿Ni quién podrá contar el número de esas criaturas desgraciadas, cuya existencia y cuya suerte arrojan tan oscuras sombras en nuestra civilización tan decantada? No cesamos de criticar el estado social de la antigua Roma, y ciertamente que tiene por qué apenarse el que ama á la humanidad cuando lee en la historia que en tiempo de César el número de proletarios fué reducido en la capital, por una expulsión, de 320.000 á 150.000, y que subió de nuevo á 200.000 en el reinado de Augusto, ostentándose á la vez una prodigalidad y un lujo que les hacía sentir más su miseria: ¡pero, qué son esas cifras en comparación del estado actual! En aquella época cau-

saba asombro que un rico pagase un asno de raza en 400.000 sextercios <sup>(1)</sup> equivalentes en moneda actual á cerca de 3.000 libras esterlinas, 60.000 marcos ó 75.000 francos. El 11 de Enero de 1890 pereció en un incendio ocurrido en Versalles del Kentucky un caballo de carrera, que el año antes había sido tasado en 51.000 dollars, 270.300 francos. <sup>(2)</sup> No hacía mucho tiempo que el coronel Conley había comprado otro caballo en 525.000 francos, <sup>(3)</sup> y otro rico de California había pagado 579.000 marcos <sup>(4)</sup> por Ormonde, el célebre vencedor de Derby. Cuando se pagan caballos á tal precio, se dan 5.000 libras esterlinas por el dogo Baseldine, <sup>(5)</sup> se conceden cada año premios de carrera de 50.000 florines, de 250.000 francos, de 200.000 dollars, sin contar millares de premios más pequeños; cuando en el espacio de cuatro meses se cruzaron en las carreras apuestas por valor de 101.342.950 francos, como sucedió en París desde el 1 de Setiembre de 1891 á 1 de Enero 1892, <sup>(6)</sup> hay que declarar á los Césares mendigos en comparación de nosotros. Y lo eran. En 1883 subían á 1.200 millones de libras las rentas nacionales de Inglaterra. La renta anual de los contribuyentes ingleses, comerciantes é industriales, sin contar los propietarios de bienes raíces, era en 1875 de 5.339 millones de marcos. Los impuestos de las bebidas espirituosas, la cerveza y el tabaco importaban 35.874.152 libras esterlinas ó 896.853.800 francos en el presupuesto de 1880-81. En 1887 los ingresos del presupuesto de Francia alcanzaban á 3.234 millones. Con tal aumento de las rentas y de la riqueza natural, parecía esperar que el número de los desgraciados habría disminuído en la misma proporción; pero sucedió precisamente lo contrario.

En la opulenta Inglaterra, el número conocido de pobres que vivían de la caridad pública, era en 1871 de

(1) Plinio, 8, 68, (43) 1.

(2) *Allg. Zeitung*, 1890, 19, 306.

(3) *Univers*, 10, nov., 1889.

(4) *Franckf. Zeitung*, 2 nov., 1892, *Wiener Vaterland*, 4 nov., 1892.

(5) *Franckf. Zeitung*, 23 jul., 1893.

(6) *Grazer Tagblatt.*, 23 oct., 1892.